Domingo 8 de junio de 1997
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mc 3,20-35
¿Qué opinamos sobre Jesús?

La fama de Jesús se había difundido. El primer acto público que nos relata el Evangelio de Marcos ocurrió un sábado en la sinagoga de Cafarnaúm. Mientras Jesús estaba enseñando se presentó un hombre poseído por un demonio que se puso a gritar. ¡Imaginemos el alboroto! En presencia de todos, Jesús lo liberó del demonio con el imperio de su palabra, de manera que todos quedaron estupefactos y se preguntaban unos a otros: "¿Qué es esto? ¡Esto es una doctrina nueva, expuesta con autoridad! Manda hasta a los espíritus inmundos y le obedecen" (Mc 1,27). Podemos imaginar también, en un pueblo chico y sin las distracciones de que se dispone hoy, cómo se habrá comentado y divulgado el hecho por todos lados. El Evangelio dice que "bien pronto su fama se extendió por todas partes, en toda la región de Galilea".

Ese mismo día en la tarde, cuando ya había pasado el sábado y la gente podía cargar con sus enfermos sin romper la ley del descanso, encontrandose Jesús en casa de Simón y Andrés, "le trajeron todos los enfermos y endemoniados y la ciudad entera estaba agolpada a la puerta de la casa. Jesús curó a muchos que se encontraban mal de diversas enfermedades y expulsó muchos demonios" (Mc 1,33-34). Allí mismo en Cafarnaúm curó al paralítico que le pusieron delante, descolgandolo por un boquete abierto en el techo de la casa donde Jesús estaba. Al salir el paralítico, caminando con su camilla a cuestas, "quedaron todos asombrados y glorificaban a Dios diciendo: Jamás hemos visto cosa parecida" (Mc 2,12).

El leproso que Jesús dejó limpió de la lepra con sólo tocarlo y decirle: "Queda limpio", apenas se fue "se puso a pregonar con entusiasmo y a divulgar la noticia, de modo que ya no podía Jesús presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se quedaba en las afueras" (Mc 1,45).

El domingo pasado hemos visto la enseñanza de Jesús sobre el sábado y su conflicto con los fariseos por haber curado en la sinagoga a un paralítico en día sábado. A causa de esto los fariseos y los herodianos buscaban el modo de eliminarlo. Entonces, Jesús con sus discípulos se retiró hacia el mar. Pero "lo siguió una gran muchedumbre de Galilea; también de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, de los alrededores de Tiro y de Sidón, una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudió a él" (Mc 3,7-8). El Evangelio de hoy destaca nuevamente el entusiasmo de la gente: "Jesús vuelve a casa y se aglomera otra vez la muchedumbre, de modo que no podían comer". Hemos hecho este breve recuento de lo que antecede al texto que se lee este domingo para que se comprenda que a esta altura nadie era indiferente ante Jesús. Todos tenían ya una opinión acerca

de él.

La muchedumbre formada por la gente sencilla acude a él y lo sigue movida por la fama de sus milagros: "Una gran muchedumbre venida de todas partes, al oír lo que hacía, acudió a él". Estos, con buen sentido común, se rinden a la evidencia de los hechos. Están representados por el ciego de nacimiento, que no sabe mucho de teología, pero a las autoridades judías, que insisten en que Jesús es un pecador, dice: "Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas si uno es piadoso y cumple su voluntad, a ése lo escucha. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada" (Jn 9,31-33).

Otros decían: "Está fuera de sí". Esta es la opinión de sus parientes, de los de su propio pueblo. Es que nadie es profeta en su tierra. Por eso vienen a hacerse cargo de él. Y entre ellos viene también su madre. Pero ella viene movida por otra razón. La madre de Jesús viene, no porque acepte esa opinión acerca de su Hijo, sino para estar a su lado en la creciente oposición que se estaba creando de parte de los escribas y fariseos. Y estará junto a él sin vacilar en todo momento, hasta su muerte, y muerte ignominiosa de cruz.

Por último están los que piensan: "Está poseído por Beelzebú y por el príncipe de los demonios expulsa los demonios". Jesús reacciona de manera llena de afecto incluso ante esta opinión tan descabellada. Comienza a razonar con ellos: "¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede subsistir". Pero fue inútil. Mientras los demonios mismos se veían obligados a confesar: "Tú eres el Santo de Dios... tú eres el Hijo de Dios" (Mc 1,24; 3,11), los escribas se obstinan en decir que "está poseído por un espíritu inmundo". Contra esto no hay remedio. El que rechaza la luz, permanece en la tiniebla. Esta es la blasfemia contra el Espíritu Santo; consiste en rechazar la evidencia. Ante esto Jesús dice: "Todo se puede perdonar al hombre... Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón nunca, será reo de pecado eterno". El que rechaza al único Salvador, ha dictado su propia sentencia de condenación.

Cuando llega adonde él su madre y sus hermanos y le avisan, Jesús, mirando a los que estaban en torno a él, aprovecha la ocasión para enseñar: "Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre". Nada más contrario al Evangelio que entender esta frase como algún reproche a la madre de Dios. Nadie cumplió la voluntad de Dios con más perfección que la "esclava del Señor". Mal podía haber algún reproche a ella de parte de Jesús, si él, en la cruz, como un postrer acto de amor, la constituyó a ella la madre de todos sus discípulos, al decir al discípulo amado: "He ahí tu madre" (Jn 19,27). En ese momento solemne Jesús no pudo dejarnos

nada mejor en herencia que su propia madre.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción